

## LOS COMIENZOS DE UN INSTITUTO Y DE UNA REVISTA

POR

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Universidad Complutense de Madrid

### 1. DECLARACIÓN PERSONAL

Al celebrarse el cincuentenario de la puesta en marcha de los Institutos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y de sus revistas, especialmente las de carácter histórico, se nos convoca a quienes, supervivientes de aquellos momentos fundacionales, y también a otros que tomaron parte posteriormente en sus trabajos científicos. Como sigo formando parte del Consejo en mi condición de jubilado, a través de su Mutualidad, acojo con gozo esta celebración, que ha demostrado que la iniciativa que tuvimos hace medio siglo, ha cobrado personalidad y firmeza y cumplido fines bien específicos.

Aunque lo que voy a exponer es ya Historia, será un conjunto de memorias y precisiones, que fijen las circunstancias que presidían y componían el conjunto vital en que nos desenvolvíamos en aquellos momentos, que no eran precisamente cómodos, ante la ingente tarea de recrear una normalidad, con nuevas instituciones administrativas y políticas, aún tiernas y embrionarias. Añadamos a esto algo que es de todos conocido, una circunstancia complementaria, la de penuria económica, falta de medios materiales, y penuria humana, por la ausencia de importantes elementos personales de valía, que no estaban presentes, o a los que se había marginado por evidentes condicionamientos del momento. Navegar con esquifes de poco calado en aguas tan agitadas, era una tarea que no procuraba precisamente la necesaria serenidad para las tareas del espíritu y de la inteligencia. Había, sin embargo, un factor que nos empujaba, el irrenunciable deber de levantar a la nación en que habíamos nacido, y a la que amábamos, y amamos.

No es éste, por lo tanto, un estudio sistemático, pues los datos

figuran en las *Memorias* oficiales del Consejo, sino el de brindar la información de cómo nacieron el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo y su «*Revista de Indias*», quiénes les dieron vida, y qué objetivos se propusieron. No quiero olvidar, aunque de su nacimiento y desarrollo no me voy a ocupar, del Instituto Zurita y la «*Revista Hispania*», hermanos nuestros que han tenido una vida paralela a la nuestra.

## 2. ANTECEDENTES

Antes de la Guerra Civil existían instituciones oficiales, dependientes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, nacidas en tiempos de la Monarquía y que continuaron su desarrollo y crecimiento en los años de la II República Española. Estas instituciones abarcaban el terreno de lo que hoy llamamos Humanidades, investigación, becas, residencias, etc. Se ha dicho en estos días mucho de la Residencia de Estudiantes, rememorando la labor del inolvidable y caballeroso Jiménez Fraud, pero no se ha precisado que todo ello, la Residencia, el Centro de Estudios Históricos (que es el que ahora nos interesa recordar), así como las becas al extranjero, dependían de una Junta para Ampliación de Estudios. También pertenecía al Ministerio el Instituto Escuela, ensayo pedagógico de magníficos resultados. La Institución Libre de Enseñanza había contribuido con su filosofía del saber y el enseñar, a la organización de todo esto, pero no directamente sino a través de personas tan destacadas como D. Luis de Zulueta, o el Profesor Castillejo, Secretario de la Junta.

En lo que toca al Americanismo, éste era la especialidad más joven de las que se integraban en el complejo de estudios de Medinaceli, 4. Fue Américo Castro —que se llamaba así por haber nacido en el Nuevo Continente— el que, aunque parezca un juego de palabras, se impuso la tarea de hacer algo sobre América en el seno del Centro de Estudios Históricos, y realizó una recluta entre aquellos que podríamos hacer algo. Así constituyó un pequeño grupo de jóvenes, constituido por Silvio Zavala, que preparaba su *Encomienda Indiana*, por Angel Rosenblat (argentino de origen hebreo), Rodolfo Barón Castro, que preparaba un estudio sobre historia demográfica de El Salvador, su patria, Ramón Iglesias Parga, interesado por las crónicas de la Conquista, su esposa Raquel Lesteiro, y yo, que había sido pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para doctorarme en Alemania

en Antropología Americana. Entre todos formábamos, con el entusiasta D. Américo, la redacción de una Revista que no tardó en aparecer, *Tierra Firme*, donde Rosenblat publicó sus estudios sobre los Otomacos y Taparitas, en un primer intento de conocer las fuentes para la demografía indígena de América, Barón sus trabajos demográficos y yo mis estudios sobre la cerámica Nazca del Museo Arqueológico (Sección Americana), de Madrid.

Por lo que toca al Fernández de Oviedo, de que hablaré a continuación, estos antecedentes americanistas son imprescindibles, porque se tuvieron en cuenta, como vamos a ver.

Añadiré, porque quizá no tenga otra ocasión para narrarlo, que mi experiencia personal se había curtido en el Instituto Escuela como *profesorcito* (así nos llamábamos) de Historia, donde tuve el entonces camarada honor de ser profesor de Caro Baroja, y que antes de entrar en *Tierra Firme* había hecho mis primeras armas de trabajo en la Sección de Historia del Arte, ayudando a elaborar el Catálogo Monumental de España, a las órdenes de D. Manuel Gómez Moreno, primero y de Ricardo de Oruenta, después.

Y vino la Guerra Civil, después de que nos habíamos despedido de Américo Castro, para las vacaciones estivales. Y tras la diáspora... luego, la necesidad de continuar el hilo de la organización oficial de la investigación. Aunque, como siempre ocurre, tuvo entonces un carácter diferente.

### 3. LAS NUEVAS ESTRUCTURAS OFICIALES DE INVESTIGACIÓN

Creo justo que recordemos que ya en 1939 se planteó la administración oficial la necesidad de estructurar los centros de investigación, no sólo los humanísticos, sino también los llamados «de ciencias» (como si las Humanidades no fueran científicas), que ciertamente estaban, antes de la Guerra, y antes de la II República, dispersos. Como es lógico, lo que de las altas preocupaciones puedo saber es por referencia, ya que el nivel de mi *status* entonces no era el de las decisiones. Pero sí se que los que estaban gestando el futuro Consejo, especialmente José María de Alvareda, de cuya personalidad nunca nos olvidaremos, y el Vicesecretario Sánchez Bella, pensaron que lo de América era primordial, y acudieron a don Antonio Ballesteros Beretta, que siempre había huído de organizaciones oficiales, salvo la corporativa de la Real Academia de la Historia, a la que pertenecía

desde 1918. Poco amigo de «perder el tiempo», como él decía, en la Burocracia del Saber, se resistía a participar en la estructura —que se ofrecía como compleja y mastodónica— del Consejo. Como anécdota diré que dos jóvenes inquietos y con carisma para la situación que entonces privaba, uno de ellos el fallecido Rafael Calvo Serer, que preparaba su doctorado, visitaron a D. Antonio para proponerle (quizás pensando en la tarea que durante años llevaba de escribir su *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*), que se hiciera cargo de la dirección de un Instituto de Investigación sobre *Síntesis Histórica*, «porque ya todo estaba investigado y era llegado el momento de hacer las grandes síntesis». Don Antonio no aceptó la sugerencia y los despidió con un afectuoso golpe en la espalda, y las escuetas palabras, de «jóvenes, estudien y ya hablaremos».

Pero, pese su renuncia a organizaciones, como las que se ofrecían para encauzar la investigación española, no pudo resistirse a los argumentos de Barón Castro, Ciriaco Pérez Bustamante, de mí mismo y de un extranjero, que sólo lo era de pasaporte: el mexicano Carlos Pereyra. Y aceptó hacerse cargo de la Dirección del Instituto de Historia de América. Entonces se planteó la primera incógnita: Con qué nombre se bautizaría el todavía nonnato Instituto. Porque se buscaron nombres para bautizar a los nuevos Institutos del Consejo, nombres destacados de cada disciplina y correspondiente a cada uno de ellos. Se pensó enseguida en el autor de la *Historia General y Natural de las Indias*. Gonzalo Fernández de Oviedo y parecía que no habría objeción, pero por su parte los naturalistas también habían pensado en él. En la pugna, salió vencedor el Americanismo. Así nació el Instituto Fernández de Oviedo, cuyo nombre ha desaparecido en la reforma más reciente.

¿Cómo se engranaba el nuevo Instituto en el Consejo? Este había sido pensado con un organigrama de tipo piramidal. Los Institutos estaban agrupados en Patronatos, según sus afinidades, y los Patronatos integrados en el Consejo (así, expuesto con simplicidad), aunque había los organismos administrativos consiguientes, publicaciones, librería, contabilidad, que interesan en esta exposición.

Por su parte el Instituto se organizaba en Secciones especializadas, desde las Culturas Indígenas, que se me encomendaron, hasta el mundo contemporáneo. Tenía un aparato directivo, integrado por el Director —Don Antonio—, un Vicedirector —D. Carlos Pereyra— y un Secretario, que fue Ciriaco Pérez Busta-

mante, al que hubo que conseguirle una «comisión de servicio» en Madrid, pues continuaba siendo catedrático de Santiago de Compostela, lo que le facilitó mucho su posterior traslado a Madrid. Barón Castro y yo nos encargamos de nuestras respectivas secciones, y se incorporaba a nuestro trabajo un profesor de Enseñanza Media, de grandes conocimientos, y que gozaba de la confianza (en sus dotes) de D. Antonio, se trataba de don Ramón Ezquerro Abadía, que es —conmigo— el otro superviviente de los primeros momentos. También se pidió la colaboración que no regateó, del Almirante Julio Guillén Tato, Director del Museo Naval, y luego asiduo colaborador de la *Revista de Indias*. Pero de ésta hemos de hablar aparte.

#### 4. EL INSTITUTO

La especialidad americanista, se instalaba en el 4º piso del edificio número 4º de la calle de Duque de Medinaceli de Madrid, con el nombre del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, en aquel año de 1939. Desde el comienzo, evidentemente por planteamiento de Rodolfo Barón y por mí, antiguos miembros del «staff» de Américo Castro, se discutió si se trataba de una continuidad, o de una novedad. En el terreno de los estudios filológicos y artísticos se había ya aceptado, en el Consejo con nuevos nombres (*Nebrija, Diego Velázquez*), la continuidad. Pero lo de América era tan reciente, en el mismo Centro de Estudios Históricos, que cabía la duda razonable, como se dice en jurisprudencia, de si había que constituirlo como una cosa nueva, o como una continuidad. Realmente la iniciativa de Américo Castro, pese a la publicación de *Tierra Firme*, no había cristalizado institucionalmente, y era como un huésped del propio Centro de Estudios Históricos. Otra cosa era la Revista, pero de ello, como vengo diciendo, trataremos más adelante.

Esta era la dilucidación de si se continuaba una herencia, presente en personas como Barón y yo, o si se trataba de algo nuevo, decidiéndose por lo último, especialmente por tratarse de personas nuevas integradas por otra andadura y la incorporación de otras de gran autoridad, como D. Antonio y Carlos Pereyra. Así nace el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Quedaba el problema del establecimiento material. Las secciones más antiguas del Centro de Estudios Históricos ya estaban ubicadas en los pisos 1º, 2º y 3º de Medinaceli, 4, antiguo Palacio del Hielo,

de los años veinte, los nuevos Institutos, de Economía, Sociología e Historia de América, fueron desplazados al 4º piso donde habríamos de sufrir, en lo futuro, los ardores del verano, bajo una techumbre endeble, y los fríos y goteras de los rigores invernales. El incendio posterior de nuestro Instituto —pese a la constante petición de protección que hicimos durante años, es prueba de lo que vengo diciendo.

Había, sí, locales, pero faltaba el «utillaje» de trabajo, que realmente fue proporcionado con rapidez y eficacia (ficheros, máquinas de escribir —no muchas— y material de oficina) pero faltaba el mobiliario (mesas de trabajo, de despacho, estanterías, consolas, etc.) que se fue arbitrando con los depósitos que habían ido haciendo los republicanos de la incautación de casas abandonadas o saqueadas. Era un material extraordinario. Se habían establecido depósitos en los sótanos de los Nuevos Ministerios y lo no reclamado fue concedido *en depósito* a los nuevos Institutos, en espera de que se hiciera reclamación por algún propietario que identificara los objetos. Casi todos quedaron hasta hoy en los primitivos locales.

## 5. LA REVISTA DE INDIAS

Simultáneamente —todo se hacía con urgencia para poder comenzar a trabajar— se planteó cómo había de ser la publicación periódica del Instituto. Los problemas podían ser sencillos o arduos y en esencia eran los siguientes: a) Nueva revista o continuación de *Tierra Firme*, b) En el primer caso, con qué título c) Portada, d) Estructura interna: artículos sólo, reseñas bibliográficas, informaciones de actualidad, —como Congresos, Exposiciones y otros eventos— y crítica de revistas.

Bajo la presidencia de D. Antonio, se iban discutiendo estos temas. Realmente todos sabíamos en qué consistía una publicación científica y el primer punto fue pronto dilucidado, *Tierra Firme* había cumplido su misión y en ella quedaría encerrado lo que Barón Castro, Iglesia, Manuel Ballesteros, Silvio Zavala, Angel Rosenblat y otros habíamos escrito. Se haría una nueva revista, pero ¿con qué título? Surgió el de *Revista de las Indias*, que en principio parecía bien, pero se pensó en la susceptibilidad hispanoamericana, que ya se manifestaba con la fundación del *Consejo de la Hispanidad*, que en muchos países americanos pareció, pese a su claro acento arcaizante, como una continuación del Consejo

de Indias, para la gobernación de las colonias. Para que la Revista adoptase el nombre o título que ha llegado a tener, a través de medio siglo, hasta nosotros, bastó con quitarle el artículo, para que se ajustase a unas palabras sancionadas por el tiempo: igual que había un *Archivo de Indias* podía haber una *Revista de Indias*, sin que se hiriera ninguna susceptibilidad.

La portada también fue meditada, ya que se iban imponiendo los tipos polícromos, más movidos que los austeros de una *Emerita* o de la propia *Tierra Firme*. Fue el ingenio del Almirante Guillén quien dio la fórmula que ha durado desde entonces, y que identifica desde lejos a la Revista. Era como una profecía de logotipos posteriores, cara al Vº Centenario.

También se acordó que hubiera artículos de investigación (D. Antonio abrió fuego con sus estudios sobre Juan Bautista Muñoz, y Julió Guillén con estudios cartográficos) y una *Miscelánea*, un noticiario científico y la correspondiente sección Bibliográfica. Mi propuesta de que hubiera otra sección, que podría titularse *El Americanismo en las revistas*, no se aceptó de entrada, aunque mi argumentación de que gran parte del progreso científico iba produciéndose en los artículos de publicaciones periódicas científicas, acabaría imponiéndose, y este *Americanismo en las Revistas* se convirtió en uno de los más vivos espacios de la *Revista de Indias*.

Ya estaba, por lo dicho, todo constituido, pero faltaba consolidarlo, para lo cual se eligieron los primeros becarios y se buscaron los colaboradores, que no faltaron.

Ya desde los comienzos, D. Antonio, presentó la idea del *Diplomatario Colombino*, es decir, de la publicación, con las máximas garantías críticas, de toda la documentación relativa a Cristóbal Colón, incluyendo lo ya conocido y lo inédito, para lo cual se estableció contacto con don Cristóbal Colón y Carvajal, Duque de Veragua, que se ofreció, para cuando llegara el momento, a facilitar el acceso a su archivo familiar. Esta idea de D. Antonio seguiría desarrollándose después de su fallecimiento. Esta preocupación colombina de Don Antonio, como es de todos conocido, cristalizó en 1945 con la publicación de su obra *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*.

Como Ramón Ezquerro va a tratar de los primeros años de la Revista, creo que con lo indicado he cumplido mi cometido, y mi promesa. Pasemos al final de mi exposición.

## 6. LAS PERSONAS

En esta y las venideras reuniones se va a hacer un repaso —sobre la base de lo actuado por el Instituto Fernández de Oviedo, especialmente a través de su portavoz periódico, la *Revista de Indias*— y de lo que han significado cincuenta años en el haber del Instituto, como mi anunciada tarea es la del comienzo, es decir la de la fundación, voy a referirme a las personas que tuvieron parte importante, aunque ya las haya ido mencionando a casi todas. Debo decir, sin embargo, que echo de menos que alguien se haya ocupado de la importante labor editorial del Instituto, con el gran número de libros editados, que cubren casi todos los aspectos del americanismo, desde la demografía histórica (Barón Castro, *La población de El Salvador*), hasta la historia virreinal (Lafuente Ferrari, *El virrey Iturrigaray*), los textos indígenas (Hipólito Galante, de *Huarichirensium*, etc.), como el *Catholicism Quichuensis*, y los trabajos de Guillermo Morón, Ursula Lamb, etc. Valía la pena haber hecho este balance.

Tratemos, pues, de las personas. El primero de esta lista, como Director, es D. Antonio Ballesteros Beretta, que contaba entonces 59 años de edad, pero que tenía una energía de una persona de veinte años más joven. Nada hacía esperar que diez años después, en pleno vigor físico, el cáncer lo arrebatara de este mundo. Vencidos sus escrúpulos a dedicarse a una tarea que implicaba ocupaciones burocráticas y de organización, con problemas de personal, D. Antonio se entregó con entusiasmo a la tarea. Poco a poco el despacho de la Dirección del Instituto, en la tarde de los viernes, se convirtió en el sitio de reunión, donde se trataban los asuntos del mismo o se discutían temas científicos. Sabido ésto, fueron muchos profesores extranjeros, especialmente hispanoamericanos y diplomáticos, que acudían a estas reuniones abiertas. Don Carlos Pereyra no gozó mucho tiempo de su estancia en el Instituto, pues falleció.

Rodolfo Barón Castro, a la sazón diplomático en activo en la Embajada de El Salvador, doctor por la Universidad de Madrid, en Derecho y con una vocación tan «españolista» (recordemos su luminoso libro *Españolismo y antiespañolismo en la América Hispana*), como jefe de Sección contaba entonces cerca de los treinta años, como yo mismo, de quien, naturalmente, no voy a hablar.

Ciriaco Pérez Bustamante, Catedrático de Historia de España, ex-decano de la Facultad de Filosofía de Santiago de Compostela,

contaba entonces —1939— cuarenta y tres años y su experiencia administrativa iba a ser de gran utilidad en la Secretaría del Instituto, a cuyo servicio permaneció hasta su jubilación en 1966.

A Don Ramón Ezquerro Abadía, no voy a herir su modestia, haciendo su elogio, pues todos sabemos de su incesante, metódica, ininterrumpida y eficaz laboriosidad. La Biblioteca del Instituto le es deudora (y el fuego ha sido cruel verdugo de ella) de una bien informada selección de adquisiciones bibliográficas, y la *Revista* contó siempre con su documentada erudición, debida a sus largas lecturas, que abarcaban casi todos los períodos de la historia americana.

Y como imprescindible complemento de la actividad que estas personas desarrollaban, el Instituto contó, desde casi sus comienzos, con una experta jefe de Secretaría, la inapreciable Isabel de Peña y de la Cámara (y la coincidencia de apellidos con el Director del Archivo de Indias, no es mera, ya que era su hermana). Su experiencia en instituciones de investigación —de preguerra— en Sevilla le permitieron dar una solidez de orden al recién nacido Instituto.

\* \* \*

Este recordatorio, hecho a base sólo de vivencias, sin consulta de datos, ya que éstos constan en las *Memorias* del Consejo y en las páginas de la propia *Revista*, donde figuramos todos los que fuimos sus primeros colaboradores, desea ser un testimonio de cómo se echaron los cimientos de un edificio —en sentido figurado, naturalmente— que ha resistido sin resquebrajamientos exactamente medio siglo. Creo sinceramente que —exceptuándome a mí— los hombres que realizaron la labor, en medio de dificultades infinitas y en un ambiente todavía nada propicio para la serenidad del trabajo silencioso del intelecto, merecen respeto y emocionado recuerdo.